cabeza entre las manos figurándose la acogida de Rumesnil en esa cita para el mismo día, señalando una hora algo avanzada para estar segura de que acudiría. Toda la locura de su amor se había apoderado de ella. Ahora, sólo de él tenía miedo, en él sólo pensaba con una intensidad de pasión decuplicada por el sentimiento de lo que había hecho. ¿Qué aberración la había inducido á denunciar así al que amaba más que á su vida? ¿Por qué no lo había aceptado todo antes que perderle? ¿Por qué no le había dado esta prueba suprema de amor: la obediencia, que le hubiera con movido quizá? ¿Qué le diría para explicar su confesión? ¿Y á quién? A un hermano con quien tenía él estrecha amistad... ¡Ah, jamás se lo perdonaría! ¡Jamás le volvería á ver, como ayer, tan amante y cariñoso! Ella le había rechazado y le había hecho traición... La grande oleada de la desesperación anegaba de nuevo esta alma desamparada, y el horrible proyecto que tantas veces la había embargado, empezaba otra vez á atormentarla... Bruscamente salió del cuarto de Juan para ir al de Antonio. Una vez allí, se puso á abrir los cajones que no estaban cerrados con llave, á registrar los armarios y las ropas hasta que encontró un objeto cuyo frío contacto la hizo estremecer. Se había acordado de que su hermano mayor tenía un revólver que solía llevar cuando salía por la noche... Ya tenía en sus manos el arma y examinó si estaba cargada. Después, guardando este instrumento de suicidio en el bolsillo del vestido, bajó la escalera corriendo para entregar al portero la carta de la cita y le rogó que la llevase al momento. Sucediera ahora lo que quisiera, si la prueba era muy fuerte, poseía un remedio seguro.

XI

LA CATÁSTROFE

¿Qué iba á hacer Juan Monnerón? Él mismo no lo sabía. Lo único de que estaba cierto era de que Rumesnil les había hecho á todos, en la persona de Julia, una afrenta insoportable, y que, en efecto, él no la soportaría. Había hablado de reparación, y en el caso presente esta palabra tenía sólo dos sentidos: ó que Rumesnil se casara con la joven seducida, ó que el hermano ultrajado ultrajase á su vez al seductor. Éste, con sus ideas y su carácter, no lo soportaría tampoco. El joven corría, pues, hacia un duelo, á menos que no se decidiese á hacerse á sí mismo justicia de esa manera sencilla que es como una irrupción de la vida salvaje en la vida civilizada; pero ciertos delitos — como la seducción de una joven — entrañan tal desprecio de lo que constituye la esencia del pacto social, que el haberlos cometido no exige más castigo que esas ejecuciones personales definidas con tanta expresión por la Alemania de la edad media: le *Faustrecht* — el derecho de los puños. Pero ¡ay! el hijo del profesor, con sus miembros raquíticos por

la existencia sedentaria, sus espaldas delgadas, su fisiología nerviosa, su falta de músculos, parecía un enclenque para aplicar al vigoroso y flexible Rumesnil esa justicia ejecutiva. En su vida había tocado una pistola ni una espada, mientras que el conde había aprendido á tirar las armas desde muy joven. En el coche que le llevaba á la casa solariega de la calle *de Varenne*, Juan se daba cuenta en ese mismo instante de su inferioridad respecto del amigo desleal que iba á buscar. Había reflexionado en las profundas condiciones de su origen y había comprendido, aun en este caso en que el honor de la familia descansaba en él, los errores de los fundadores de esta familia. Su debilidad física era una consecuencia de eso mismo. En estos provincianos mal alimentados después de varias generaciones, el esfuerzo cerebral había sido de repente muy intenso, la energía animal muy descuidada, y las leyes de la acción ignoradas en el orden físico como en el orden moral. ¡Qué importa! Reconcentrado en sí mismo en el asiento del coche, el pequeño plebeyo no tenía miedo.

Se creía igual al noble por el desprecio que tenía á la vida y superior á él por la villanía que había cometido. Iba resuelto á obligar á su camarada á que cumpliese con su deber, y en caso contrario á darle una bofetada. También él se acordaba, como Julia, de la esquela recibida por la mañana en que Rumesnil decía que almorzaría fuera. ¿Sería verdad? Juan no lo creía. Así es que recibió un triste desengaño cuando al llegar á su casa y preguntar: «¿Está en casa el señor conde?» le respondieron que no. El portero no supo decirle tampoco á qué hora volvería su amo. «Voy á esperarle en la calle», pensó Juan, y empezó á pasearse en la acera. Haría apenas media hora que estaba paseando de

arriba abajo, cuando le pareció ver pasar á su propio portero. Éste á su vez también le había visto á él, y se paró de repente, fingiendo que estaba mirando unos periódicos ilustrados en la puerta de un librero. Esta actitud del mensajero de Julia no daba lugar á duda. — ¿Por qué trata de ocultarse de mí? ¿Será posible que traiga una carta de mi hermana para Rumesnil? se decía Juan. No hay duda. Se arrepiente ya de haberme hablado. Sin duda ha tenido miedo por él, y ha querido prevenirle... Lo voy á saber ahora mismo... Echó á andar hacia donde estaba su portero, pero se detuvo repentinamente sintiendo hastío de hacer el oficio de policía con semejante personaje y en tal sitio. Y al volver vió que el portero de Rumesnil estaba en la puerta mirándole.

— Volveré hasta que encuentre á Ademar, se dijo á sí mismo, pero no haré el espía. Es un oficio degradante. Además, si Julia no le ha prevenido, él vendrá esta noche á la *Unión Tolstoi*, y si le ha prevenido, estoy seguro de que vendrá con más motivo. No querrá huir de mí...

Este razonamiento fundado en el conocimiento que tenía del joven noble y de su terrible amor propio, sostuvo al justiciero durante las horas mortales de esa tarde en que se presentó hasta cuatro veces en casa de Rumesnil, y siempre para oir decir que el conde no había vuelto, ó que habiendo vuelto, sentía mucho no haber podido esperar y había salido de nuevo. En el intervalo de esas infructuosas visitas, cada una de las cuales le había exasperado más, Juan se había paseado sin pararse y sin dirección fija, como había hecho durante la interminable semana *precedente de Todos los Santos* en que había creído tocar el fondo de la miseria moral. Pero ¿qué valía eso comparado con este día?

Las primeras palabras que había pronunciado Julia : « *Porque es mi amante...* » le habían tocado y desgarrado una fibra tan íntima, que no recordaba haber sentido nunca un martirio semejante. Parecía como que se le había paralizado la vida. Sentía en el corazón como una especie de asfixia, en el cerebro la impresión de una opresión, de un peso que no se le quitaría jamás. La visión de su hermana entregada á las caricias de su amigo le perseguía tanto, que por instantes se quedaba paralizado de horror y tenía que permanecer inmóvil para esperar que se desvaneciese un poco. En otros momentos la tal visión le sugería ese furor frío que no conoce más que la venganza. En todas las tentativas que había hecho para encontrar al hombre cuya imagen veía en esta horrible pesadilla, su furor se había aumentado. Esta situación no le había dejado volver á su casa ni para almorzar ni para comer. Había temido que no se podría dominar bastante, y si estaba bien resuelto á prevenir á su padre, como se lo había dicho á Julia, no quería ni debía hablarle sino cuando no hubiese ninguna esperanza de obtener de Rumesnil la reparación legítima. Había comido en un *restaurant* de una de las calles que —¡ oh ironía de las coincidencias! — cortan la de *Estrées*. Luego había vuelto á casa de Rumesnil. Desde allí, para matar el tiempo, se había ido á los Inválidos y había entrado en las salas del Museo, sin ver ni oir nada, sintiendo sólo la impaciencia de ese encuentro tan deseado. Á las siete únicamente y cuando el portero le dijo que Rumesnil comía fuera, vió con toda evidencia que, á pesar del orgullo con que había contado, su pérfido camarada huía de él intencionalmente. Y había adivinado la verdad : Maradan había llevado á la calle de *Varenne* una carta de Julia previniendo á su amante, y éste buscaba

por lo menos ganar tiempo. — Yo tengo la culpa, se decía Juan irritado, después de este último chasco ; debía haber seguido mi idea y esperar en la acera. Era hacer el espía. ¿Y qué? Contra un hombre infame, todo está permitido. Mañana me plantaré en su puerta y no me menearé de allí hasta haberle visto... Á menos que, por fanfarronada, no venga esta noche á la *Unión Tolstoi*. Es posible que haya querido evitar una explicación cara á cara, con la idea de que en público no me atreveré á insultarle. Eso ya lo verá...

Tal era el tono de energía salvaje del joven al ver que no podía encontrar al que consideraba ahora como mortal enemigo. Las conferencias de la *Unión Tolstoi* no empezaban hasta las nueve. Le quedaban aún dos horas antes de saber si se pasaría el día sin que hubiese echado á la cara del seductor las palabras vengadoras que su cólera no podía contener. Renunció á marchar á través de las calles, pronunciando por lo bajo esas palabras, midiendo de antemano su gradación, templando su voluntad para estar sereno al principio, irritado después, si el traidor le obligaba á la violencia, que era lo más probable. Repentinamente le asaltó la idea de que después de todo quizá no le habrían mentido. Rumesnil podía haber querido, antes de la conferencia, hablar con Cremieux-Dax, precisamente para evitar la ocasión de encontrarse con él solo á la puerta de la *Unión*... Que Salomón, el amigo tan reflexivo, que ya había adivinado tantos de sus secretos, fuese el testigo lúcido de este primer encuentro, era ya demasiado duro. Pero más duro era aún era estar esperándole. Para abreviar esta intolerable espera se le ocurrió al joven dirigirse resueltamente al *Restaurant de Temperance*.

Para llegar al barrio *Saint-Jacques* desde el de *Saint-*

Germain en que se encontraba, tuvo que atravesar dos sitios que acabaron de agobiarle de tristeza ; el distrito del Luxemburgo primero, ocupado por la imagen de Brígida Ferrand, en la que apenas se atrevía á pensar, ahora que vivía en una atmósfera cargada de imaginaciones impuras. Parecíale que el hermano de la querida de Rumesnil, de la joven en cinta á quien su amante infame proponía un aborto, no tenía derecho á amar en pensamiento siquiera al ser ideal, á la inmaculada y tierna criatura que era la Antígona intelectual del filósofo católico. El otro sitio, fecundo en evocaciones tristes, fué la calle *Cassini* donde había tenido con su primo Riouffol, hacía seis días, una disputa odiosa, casi una agarrada. Toda la amargura que le había saturado hasta causarle náuseas durante la última sesión de la *Unión Tolstoi*, le anegaba el corazón. ¡ Qué vanas é inútiles le parecían las pasiones que agitaban á sus camaradas desde Cremieu-Dax y Bobetiere hasta el salvaje Riouffol, en vista de un drama real como el en que estaba metido ! En este nuevo contacto con los utopistas de la U. T. debía notar que ese estéril ardor de discurso, empleado en pro ó en contra de ciertas ideas, sirve muchas veces para reemplazar el sufrimiento interior. Era el hastío continuo de una existencia oprimida por un trabajo servil el que se desahogaba en los feroces sofismas de Riouffol, por ejemplo. El mismo Juan iba á mezclarse con la acritud de su resentimiento con Rumesnil, en las escenas provocadas en ese centro revolucionario por la presencia del sacerdote conferenciante. Sin embargo, no creía tomar parte en discusiones sociales y filosóficas, cuando al llegar á la puerta del *restaurant* se aventuró á echar una mirada adentro con el corazón agitado. Una ojeada le bastó para ver que no estaba en la sala larga y estrecha aquel á quien buscaba. En cambio, Salomón Cremieu-Dax estaba sentado á la mesa de siempre, enfrente del padre Chanut. Era éste un hombre de cuarenta años, de aspecto enfermizo, en cuya cara estaba impresa en ese momento la sencillez un poco cándida del sacerdote desorientado. Sus mejillas hundidas y sus ojos profundos revelaban el ascetismo y las secretas virtudes de una bella alma sacerdotal, á la que faltaba, sin embargo, la serenidad en la fe, ese admirable rasgo de la fisonomía de Ferrand. Pero en éste, en el discípulo del sabio Le Play la certitumbre relisiosa iba acompañada de otra certeza tradicionalista. El padre Chanut era — y lo es aún — víctima del peligroso error en que caen hoy tantos sacerdotes excelentes que hablan corrientemente de reconciliar el Catolicismo, la Ciencia y la Democracia, como si estos dos últimos términos estuvieran de un lado, y el primero del otro. Es todo lo contrario ; los dos primeros son los que están de un lado, y el último del otro. El Catolicismo no tiene que reconciliarse con la Ciencia, á la que nunca ha estado opuesto, por la sencilla razón de que no teniendo el mismo objeto, no evoluciona en el mismo plano. Pero la condición de irreconciliables parece absoluta entre la Ciencia y la Democracia, tal como la concibe Francia, — porque en todos los países que pasan por democráticos y que prosperan, la América por ejemplo, democracia es sinónimo de oligarquía, casi de feudalidad. — La Ciencia demuestra que las os leyes de la vida, en el universo entero, son la continuidad y la selección, á lo que replican los demócratas franceses con el dogma absurdo de la igualdad. Los sacerdotes de la especie de Chanut y que no reconocen esta contradicción, son víctimas, no hay más remedio que decirlo, del charlatanismo de sus mismos adversa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. — TALLER
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

rios. No quieren ver la evidente coincidencia entre las doctrinas políticas nacidas de la observación positiva y la enseñanza tradicional que la prudencia de nuestros padres había fijado en las sólidas costumbres de otro tiempo. El acuerdo de un Augusto Comte y de un Bonald, de un Taine y de un José de Maistre en teorías de gobierno idénticas en el fondo, no les ha ilustrado sobre la bancarrota que el porvenir reserva á los falsos dogmas de 1789 y á sus partidarios. El temor de que la Iglesia pierda la dirección de las masas, es el generoso motivo que domina á esos apóstoles sin espíritu crítico. Motivo es este de excusar á un verdadero santo, tal como el abate Chanut, de prestar como él lo hacía esa noche, la autoridad de su carácter y de su virtud á una obra tan antisocial como la *Unión Tolstoi*. Cuando Juan Monnerón entró en el restaurant, el digno sacerdote estaba discutiendo con Cremieu-Dax, á quien tenía esperanza de convencer. Las pupilas del joven judío revelaban la pasión profunda que removían en él los problemas de filosofía religiosa. Había otra señal que probaba mejor esta pasión : en cualquier otra circunstancia, este fanático, pero afectuoso amigo, hubiese observado la cara descompuesta de Juan por las terribles emociones de ese día. Sólo vió una ocasión más de discutir en su presencia ideas que á él mismo le preocupaban sin tratarlas nunca con él y, hecha la presentación, le preguntó :

— ¿Has comido? Y luego, en vista de la respuesta afirmativa de Juan, que, en realidad, había comprado un panecillo que ni siquiera había acabado, añadió : No te haremos esperar mucho, estamos concluyendo... Y volviendo á la tesis que estaba sosteniendo : En este momento resumía para el señor cura, que no las conoce, las magníficas páginas de Darmesteter sobre

el papel que la Iglesia católica podría desempeñar aún, ella que es la única fuerza organizada de Occidente, si quisiera, como aquél ha dicho, volver á tomar las fórmulas de los Profetas que ella ha transformado en metáforas, y llevarlas á cabo haciéndose la ejecutora suprema de la Justicia y de la Democracia...

— Yo aceptaría la fórmula, contestó el padre Chanut, pero con una variante : yo sustituiría á los Profetas con el Evangelio.

— Todo lo que hay de útil en el Evangelio se encuentra ya en los Profetas, replicó vivamente Cremieu-Dax. El resto no es más que una adaptación á las ideas del pueblo grecoromano. La compilación gnóstica atribuída á san Juan nos da un modelo típico de esta deformación. Si hay un punto que mejor haya tratado la Ciencia, es éste : el cristianismo no es más que judaísmo politeísta.

— Yo creo en N. S. Jesucristo, caballero ; así es que no puedo seguirle en este terreno, respondió el sacerdote.

— Y tiene usted tanto más razón, añadió Juan, que, en su estado de irritación nerviosa, no había podido aguantar la frase afirmada tan brutalmente por su amigo, cuanto que la Ciencia nada tiene que ver con esa hipótesis sobre el cuarto Evangelio. En este asunto la Ciencia es la crítica. ¿Qué nos dice ésta? Que san Ireneo, desde el siglo segundo, admitía este evangelio como auténtico. Y nos dice más, que san Ireneo había conocido á san Policarpo y éste al apóstol san Juan. Las relaciones de este santo y del apóstol constan por el hecho de que san Policarpo vino á Roma hacia el año 154 á discutir la fiesta de Pascuas con el papa Aniceto llevando el testimonio de san Juan. ¿Con qué derecho pretendemos nosotros estar mejor infor-

mados que los contemporáneos, y sustituímos con una interpretación personal otra dada y demostrada tan evidentemente?

— En todo caso, que admita usted ó no el cuarto Evangelio como auténtico, repuso el padre Chanut que había mirado con asombro á este auxiliar inesperado, y dirigiéndose á Cremieu-Dax; convendrá usted en que el espíritu de este libro, como el de los otros tres, tiende á los tres magníficos Términos que la República ha tomado por divisa: « Libertad, Igualdad, Fraternidad.

— En esto, permítame que no esté de acuerdo con usted, señor cura... interrumpió de nuevo Juan. Su nerviosidad le volvía ahora contra el democratismo del sacerdote: Yo no soy un gran teólogo pero he leído mucho los Evangelios, y si fuese á traducir su enseñanza la resumiría en otras tres palabras que son precisamente lo contrario de esa divisa que usted admira, y que á mí me parece muy fuera de lugar. Estas tres palabras serían: Disciplina, Jerarquía, Caridad.

— No hay contradicción entre los dos programas, replicó el sacerdote.

— Para usted no, señor cura, respondió Juan, porque admite la Iglesia y por consiguiente el orden Romano que ha traspuesto en el dominio espiritual; pero para los que no la admiten, la primera de estas dos divisas es la anarquía con todas sus abominables consecuencias. Por lo demás, ya las estamos viendo hoy día.

— No haga usted caso de lo que le dice Monnerón, señor cura, porque es amigo de paradojas... dijo á su vez Cremieux-Dax. Éste se había extrañado tanto de las palabras de su camarada, que le miró fijamente y distinguió en él las trazas de una agitación inusitada.

Quería tan de veras á Juan, que sentía verle así, pero ante todo era el soldado de una idea. Había atraído al padre Chanut, como lo había dicho, á esta atmósfera de socialismo, con la esperanza de arrastrarle á sus teorías, y creía con razón que el medio más seguro de impedir esta conquista, era infundir en el recién venido la sensación de que existían profundos desacuerdos entre los miembros de la *Unión Tolstoi*. Temía ya alguna maniobra de Riouffol contra la conferencia, esperando no obstante que el espíritu de grupo paralizaría esa maniobra. Y añadió, para atenuar el mal efecto que hubierán producido sus palabras en su amigo: La prueba de lo que yo he afirmado, es que aceptamos en la U. T. las formas más diversas del pensamiento...

— ¿Y esa tolerancia, repuso el padre Chanut, no es una prueba más de que la Revolución está de acuerdo con el cristianismo cuando está conforme con el principio?...

— Le responderé á usted como me ha respondido hace un instante, replicó Cremieu-Dax. Aceptaré la fórmula con esta variante: el Cristianismo está siempre de acuerdo con la Revolución cuando está de acuerdo con su principio, y este principio, vuelvo á insistir, es el cumplimiento de las profecías...

— Y yo insistiré en la crítica histórica, dijo Juan á su vez, dirigiéndose á Cremieu-Dax, en esa crítica de que habláis siempre, y luego, cuando se trata de tenerla en cuenta, obráis de manera que justificáis las palabras de Gœthe, que yo quisiera ver figurar en exergo en todos los libros pseudocientíficos de los Kuenen, los Strauss, los Reuss y tantos otros exégetas: El espíritu de la historia es el espíritu de estos señores... ¿Es un hecho que el Cristianismo ha sostenido durante diez y ocho siglos á las sociedades

en un estado de vitalidad profunda? ¿Es un hecho que cuantas veces ha disminuído, en Italia en el Renacimiento, en Francia hace cien años, se ha roto el lazo moral y el hombre se ha degradado? Tomando á Francia por ejemplo, ¿es un hecho que los grandes períodos de su historia, los siglos trece y diez y siete, han sido aquellos en que, bajo los reinados de san Luis y de Luis XIII, Francia era profunda y eminentemente católica? ¿Es un hecho, por el contrario, que, desde 1789 no conseguimos fundar nada estable con las ideas antifísicas de la Revolución? No, el Cristianismo no tiene el mismo principio que esa Revolución. Tiene otro principio contrario, y la experiencia nos autoriza á deducir que de estos dos principios el que siempre ha ido acompañado de vitalidad en su aplicación, es el verdadero, es decir conforme á la naturaleza de las cosas, y el otro no.

— Usted habla de hechos, caballero: ¿me permite usted citarle uno, repuso el padre Chanut, dispensándome de una pregunta tan personal: Sin la Revolución ¿qué sería usted, señor Monnerón?...

— Para mí, dijo Cremieu-Dax riendo, la respuesta es muy sencilla...

— ¿Qué sería yo? replicó Juan; pues ni más ni menos que un provinciano. Los Monnerón vivían en un pueblo del Mediodía. Hoy sería un lugareño sostenido por sus costumbres y tradiciones... ¿Qué sería yo? Un miembro de una familia duradera. Esas famílias campesinas crecían con paciencia y seguridad si eran dignas por sus virtudes. La virtud, ¡qué hermosa palabra latina: la fuerza en estado de costumbre, la fuerza fija: *vis... virtus*!... Esas familias llegaban á la modesta burguesía con el tiempo; después, si continuaban fortaleciéndose, subían por grados hasta la nobleza. Entonces era un axioma que la familia, en el estado privado, debía primero enriquecerse con el trabajo, luego, habiendo subido por grados, es decir, cuando llegaba á la nobleza, debía servir al Estado. De esta circulación lenta estaba formada la vida profunda de la antigua Francia, que se falseó bajo el despotismo de Luis XIV y la incuria de Luis XV. En 1789 había motivo para regularizarla, y la destruyeron. Tal como era esta antigua Francia con sus abusos y sus miserias, yo hubiera preferido pertenecer á ella como un pobre campesino, antes que á la Francia de hoy como un semiburgués sin relaciones, sin pasado, sin certeza. Entonces hubiera sufrido menos... ¿Y tú, Salomón, qué hubieras sido? Pero no olvides que bajo el antiguo régimen en 1787, Malesherbes provocó por orden del rey una comisión de notables israelitas encargados de mejorar la suerte de sus correligionarios. Ocho israelitas distinguidos obtuvieron carta de naturaleza. Luego el antiguo régimen estaba dispuesto á admitir á los judíos y así lo hizo. Sin la Revolución, las cosas hubieran continuado en este sentido, es decir que poco á poco todas las familias judías que descollaran por su superioridad se hubieran introducido en la vida francesa adaptándose á ella y enriqueciéndose mesuradamente. Hubieran formado parte, como los plebeyos de buen nacimiento, de esta aristocracia reclutada que renovaba la nobleza mezclándose con ella. Hubiera sucedido en Francia como sucede en Inglaterra, donde lord Beaconsfield y lord Rothschild han ocupado naturalmente un asiento en la Cámara de los Pares. Atrévete á decir ahora que prefieres la guerra de razas como la que tenemos hoy en la Francia que nos ha legado la Revolución.

— Sí, me atrevo á decirlo, respondió Cremieu-Dax